GAZAPERA

SÓFOCLES

El Gobierno

«Hay tiempo, recursos y voluntad para que el Gobierno Nacional, apoyado en el Departamental, enderece la marcha del ETCR Ituango...». *El Colombiano.*

Redactar así: «Hay tiempo, recursos y voluntad para que el Gobierno apoyado en el departamento enderece la marcha...». La palabra «Gobierno», con mayúscula, se refiere al mayor Gobierno de un Estado y no necesita explicar que se trata del Gobierno Nacional. Los demás «gobiernos» van con minúscula y acompañados de la parte de que son gobernadores.

El décimo Festival de Cine Verde

«10mo Festival de Cine Verde de Barichara». **El Espectador** y Festiver.

Nunca me he metido con artes como son los avisos de espectáculos públicos, pero éste no podía dejarlo ir sin decirles a los interesados que no se asusten porque aparentemente tienen que dar un diezmo como está indicado en el cartel. Tranquilos, es un gazapito que se le fue al encargado del arte. El autor quiso decir que este es el décimo Festival de Cine Verde de Barichara. De hecho, el *Diccionario* lo permite, pero advierte que ya no se usa. La forma pudo ser: «10.º Festival de Cine Verde de Barichara», equivale a «Décimo Festival...».

El porcentaje

«... el 87 % de las personas que tiene estudios de posgrado se vinculan al mercado laboral...». **El Espectador.**

Esta frase tiene dos verbos; uno en singular y otro en plural. Frases como estas, en las que las acciones se ejecutan independientemente por cada personaje, deben ir en plural: «... el 87 % de las personas que tienen estudios de posgrado se vinculan al mercado laboral...».

Verbo anglicado

«Esperar por un trasplante es hoy más complejo». *El Colombiano.*

Las personas a las que les gusta imitar a los de habla inglesa dicen «esperar por» pues en inglés dicen «wait for». Nuestra frase es sin preposición: «Esperar un trasplante...».

gazapera@gmail.com

Osuna



Confinamiento

Pensamientos encuarentenados



HOJAS SUELTAS
ALFREDO MOLANO JIMENO

LA PANDEMIA DEL CORONAVIRUS, que parece salida de una novela de ciencia ficción, le pegó al corazón del sistema. Sólo podía ocurrir que una invasión extraterrestre, una guerra nuclear o un nuevo big bang lograra que la humanidad hiciera una profunda reflexión sobre el atroz modo en el que vivimos. De un momento a otro todo quedó detenido en el tiempo. No hubo trabajo, ni centros educativos, ni empresas produciendo al 100 %. Parqueados los carros, los barcos, los aviones, instrumentos para acortar distancias y ganar tiempo. Tiempo de producir y consumir el alimento de una máquina frenética que es conducida con tres palancas: el sistema financiero, la bolsa y la geopolítica.

Un despiporre que pone a tambalear el sistema y deja al descubierto las desigualdades sociales. De un lado, relativizó los valores que parecían inmodificables. Hoy "vale" más un campesino que un banquero. Pero la nueva normalidad también dejó al desnudo las terribles inequidades. Para los rebuscadores de todos los estratos han sido tiempos de angustia. Desde los trabajadores independientes hasta los recicladores.

Pienso en la viejita que vende dulces y cigarrillos en la calle séptima con carrera cuarta, a una cuadra de la Casa de Nariño, esa que se enfada cuando uno le paga con monedas de 50 pesos. ¿Y los lustradores?, ¿cómo estarán las neveras de quienes ejercían ese noble oficio que ya estaba en vía de extinción?; pienso en Jairo, ese hombre silencioso y discreto que vive de cepillarles los zapatos a los congresistas que hoy "trabajan" desde su casa.

¿A qué se estarán dedicando los amigos de lo ajeno?, los cosquilleros, por ejemplo, cuyo negocio es el gentío que se desplaza en Transmilenio. Por ese camino no puedo evitar preguntarme en cuánto se habrá disminuido el flujo de caja de los policías acostumbrados a la vida de piratas, en la que triplicaban sus salarios a punta de perseguir marihuaneros, extorsionar transeúntes, cobrar vacunas a negocios lícitos e ilícitos.

Y es que, definitivamente, esta pandemia desnudó las tareas pendientes que tenemos como sociedad. Un sistema de salud frágil, que se han robado por décadas entre políticos y operarios de las EPS, ARL y el largo etcétera de "siglavivientes". Una informalidad laboral que amenaza con estallar en asonadas porque la mayoría de los colombianos están pasando hambre por estos días. Una economía enclavada en el petróleo que hoy cuesta más sacar que lo que pagan por él. Y un sector financiero usurero, que no está dispuesto a dejar los $21,5 billones que se echaron al bolsillo el año pasado a costa de la pobreza del pueblo.

Eso, por mencionar las grandes tareas pendientes; pero también se ve en las cotidianas, en las de la clase media-alta, por ejemplo, que por años ha subcontratado las funciones esenciales, en algunos casos con un clasisimo medieval indignante, como en el caso de Edy Fonseca, la celadora secuestrada en el edificio del barrio El Retiro. De repente nos dimos cuenta de que habíamos delegado en otras personas, principalmente mujeres, las labores de cuidado. Nos acostumbramos a delegar en alguien la lavada de la ropa y la tendida de la cama. Entregamos a otras la educación de nuestros hijos. Los mandamos en la ruta a las 6 de la mañana y los recibimos rendidos a las 5 de la tarde. Y en esas horas, alguien les enseñó a hablar, a leer, a escribir, a dibujar. En estos días de cuarentena no damos abasto entre las tareas de oficina, la lucha contra el trapero y el cibercolegio de los niños. Hemos descubierto rincones a los que nunca habíamos ido y lo duros que son el trabajo doméstico y la enseñanza. Hasta hemos descubierto, con sorpresa, lo mal que nos lavábamos las manos. Problemas de "blanquitos", mientras la guerra sigue en las regiones y ya asesinaron en esta cuarentena a 31 líderes sociales y 12 excombatientes de las Farc.

¿Fin del liberalismo?



SANTIAGO MONTENEGRO

COMO CONSECUENCIA DE LA PANdemia, no pocos analistas están pronosticando escenarios de hambre, saqueos y hasta tiranías de derecha o de izquierda, incluyendo a los que, en una forma u otra, pronostican y sueñan con el fin de la democracia liberal. A estos últimos hay que decirles que sí, la democracia liberal se puede acabar, ella ha sido parte constitutiva de la sociedad moderna, una creación humana de tan solo unos 200 años. Y lo creado por los humanos también puede ser destruido por los humanos.

El miedo y otros sentimientos que ha generado la pandemia están siendo hábilmente aprovechados por muchos para socavar las bases de la sociedad abierta. Algunos se camuflan diciendo que defienden la democracia, el gobierno del pueblo, pero aducen que es necesario acabar con el liberalismo. Como hay incautos que les creen, es bueno recordar que la democracia sola, sin el liberalismo, es un camino empedrado de buenas intenciones que solo conduce a la servidumbre. Porque con el fin del liberalismo se estaría enterrando una de las bases de la modernidad, la idea del pluralismo, una noción que afirma que el fermento más vital para la convivencia de una sociedad radica en la diferencia, no en la uniformidad. La autocracia, el despotismo, el totalitarismo son mundos de un único color, de un solo libro, de una sola idea. El pluralismo supone y necesita la tolerancia, y así consolida la libertad negando el dogmatismo y el fanatismo.

El liberalismo también se basa en la idea de la libertad política, la coexistencia de la libertad individual con la libertad ajena y con una resistencia a la opresión, protegiendo a los ciudadanos por medio de la ley. Por eso, Locke dijo en el siglo XVII: "Donde no hay ley no hay libertad". Cuando gobiernan las leyes, se erradica la voluntad arbitraria, despótica o estúpida del gobierno de uno solo. Es cierto que la libertad política es primero una libertad negativa, una defensa contra la opresión, pero sin ella jamás podrá existir la libertad positiva, la que permite planear y editar cursos alternativos de vida.

De esta forma se comprende que, mientras la democracia es la respuesta a la pregunta de quién debe gobernar, el liberalismo es una respuesta a la pregunta de cómo se debe gobernar, y responde que se debe gobernar con límites, tanto en el espacio como en el tiempo. Y le pone límites y contrapesos al poder porque, aunque la democracia clama ser el gobierno del pueblo, en sociedades de gran tamaño ese pueblo, por medio de las elecciones, no gobierna, sino que decide quién gobierna. Y los que gobiernan son sus representantes, que siempre son minoría, si se quiere, una élite que, si no se le ponen límites y contrapesos, puede devenir en una oligarquía que trata de mantenerse indefinidamente y concentrar todo el poder, incluyendo el poder económico.

Por eso, el liberalismo argumenta que al poder solo lo frena el poder. Por eso mismo cree en la separación de poderes y en la existencia de un número relativamente amplio de fuerzas sociales autónomas, como la sociedad civil y la economía de mercado. Cuando recordamos a los hermanos Castro, a Chávez y a Maduro, a Ortega y a los autócratas de otras latitudes, que claman ser demócratas y representantes del pueblo, también entendemos por qué debemos defender las ideas liberales.

pressreader PRINTED AND DISTRIBUTED BY PRESSREADER PressReader.com +1 604 278 4604 COPYRIGHT AND PROTECTED BY APPLICABLE LAW